

PROLOGO

Se da una circunstancia muy especial en el campo de la historia del siglo XIX español. Dos de los mayores episodios del siglo, la Guerra de la Independencia y la primera guerra carlista, han llegado a producir una masa inmensa de bibliografía sobre hechos y aspectos puntuales, pero carecemos, para los dos, de estudios de conjunto medianamente satisfactorios.

De las dimensiones de la bibliografía consagrada a la guerra contra la Francia napoleónica, que es la que ahora quisiera considerar, pueden dar idea, por ejemplo, los tres volúmenes del Diccionario bibliográfico de la Guerra de la Independencia Española, publicado por el Servicio Histórico Militar entre 1944 y 1952, a los que habría que añadir los muchos trabajos aparecidos en los cuarenta años posteriores. Pero si nos viésemos precisados a buscar una buena visión de conjunto de la historia de lo sucedido en estos años, nos encontraríamos con que, por extraño que pueda parecer, la mejor que se ha publicado hasta hoy sigue siendo la vieja Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, del conde de Toreno, editada por primera vez en Madrid de 1835 a 1837. Tras ella, un amplio repertorio de información estrictamente militar — Guerra de la Independencia. Historia militar en España de 1808 a 1814, publicada en 14 volúmenes, entre 1868 y 1903, a nombre del general Gómez de Arce, pero que es en realidad el producto de una larga compilación colectiva de información, y que ha sido objeto de un inacabado, y poco afortunado, intento de actualización hace pocos años, por parte del Servicio Histórico Militar— y una serie de estudios, algunos de excelente calidad, sobre la obra política de las Cortes de Cádiz, o sobre algún otro aspecto puntual, pero nada que se parezca a un nuevo intento de sintetizar el conjunto de los fenómenos militares, políticos y sociales desde la perspectiva de nuestros conocimientos actuales, como el que realizó el conde de Toreno hace más de ciento cincuenta años.

Y ni siquiera cabe el consuelo de pensar que los aspectos importantes están adecuadamente estudiados en alguna monografía, y que lo único que necesitamos es una síntesis de esta información dispersa. Mientras que se puede compilar una amplia bibliografía sobre los sitios de Zaragoza o las batallas del Bruc, no hay un buen estudio de algo tan fundamental como la hacienda de la guerra. Cuando, en un trabajo realizado en colaboración con Ramón Garrabou, quisimos hacer por lo menos una primera aproximación a un aspecto de este tema, estudiando la legislación de Hacienda del gobierno central, descubrimos con sorpresa que ni siquiera se podía conocer, a través de los estudios publicados, quiénes habían sido los ministros de Hacienda de estos gobiernos. La única lista impresa en que podían encontrarse sus nombres —aparecida, además, en un libro poco frecuentado como es el Índice de reales decretos y órdenes expedidas en materias de rentas... de Antonio García Jiménez, publicado en 1845— estaba equivocada. Fue preciso establecerla de nuevo a partir de la documentación conservada en el Archivo Histórico Nacional, cotejando cuidadosamente todos los nombramientos.

Uno de los mayores, y más graves, vacíos en nuestro conocimiento es precisamente el que se refiere al “coste” de la guerra, en el doble sentido de su financiación y sus consecuencias. Conocemos de ello algunos aspectos aislados. Los datos sobre financiación se reducen a poco más que a las evaluaciones de los ingresos (préstamos británicos, remesas de América, etc.) y gastos del gobierno de Cádiz; pero resulta que los magros ingresos del gobierno central —que en materia de impuestos hubo de limitarse durante un tiempo a lo que percibía en la propia ciudad de Cádiz y sus alrededores— se consumían prácticamente en la atención de los gastos locales y que la guerra se financió directamente sobre el país, por la doble vía de los recursos que recaudaban las juntas provinciales o locales y, sobre todo, por medio de los suministros y requisas que aseguraban el sostén de los ejércitos franceses y patriotas, y de los grupos de guerrilleros de los más diversos pelajes. En cuanto a las consecuencias de la guerra, se ha insistido sobre todo en las demográficas, si bien lo de menos debieron ser las bajas en combate, mucho menos importantes que las secuelas directas o indirectas del hambre.

Hace tiempo que intenté llamar la atención sobre la necesidad de un análisis más a fondo de estas cuestiones y, sobre todo, de una valoración adecuada de lo que, para entendernos, he llamado la “fiscalidad inmediata”, integrada por los suministros no pagados, las requisas y las exaccio-

nes de todos los cuerpos armados. No se trata de explicar los "atropellos" a que fueron sometidos los ciudadanos, que en una guerra son siempre atropellados, en una u otra forma —y un fisco eficaz que cobrase unos impuestos desmesurados no hubiera resultado para ellos mejor que el general de turno exigiendo un préstamo o una entrega de granos—, sino de mostrar hasta qué punto y cómo fueron obligados a pagar.

Decir que este libro de Joseba de la Torre es la mejor y más completa estimación que hasta hoy tenemos del coste directo de la guerra en cualquier zona de la Península no es decir poco. Ello bastaría para situarlo en un lugar destacado dentro de la copiosa bibliografía suscitada por los acontecimientos de estos años. Pero eso no es todo.

El autor, que había estudiado previamente los efectos del endeudamiento municipal en Navarra —un endeudamiento que se había iniciado, como en otras partes, en las últimas décadas del siglo XVIII, pero que alcanzó su mayor gravedad con motivo de esta guerra— ha dedicado la parte fundamental de su trabajo a este tipo de "costes" sociales del conflicto. La venta de bienes concejiles, y en especial de fincas rústicas, tuvo graves consecuencias a largo plazo para las economías familiares campesinas. De las exacciones de los ejércitos el campesino podía recuperarse con unos años de paz, trabajo y buenas cosechas. De la pérdida de unos bienes comunales que contribuían a equilibrar el funcionamiento de su economía, no se recobraría jamás. Y este es, por otra parte, un tema que va mucho más allá de los meros efectos de la guerra, para trascender al de la crisis del sistema agrario tradicional. Basta comprobar que las ventas prosiguieron después de 1814, cuando no había causas de fuerza mayor que las justificasen. Y, por lo que se refiere en concreto a Navarra, habrá que recordar que el problema de la enajenación de las "corralizas" siguió pesando como un motivo especial de conflictividad social hasta años bien recientes (no parece que haya que atribuir a la casualidad el hecho de que el mapa de las enajenaciones venga a coincidir con el de los conflictos agrarios durante la Segunda República y con el de la represión en los años de la Guerra Civil de 1936-1939).

De la trascendencia de esta primera desamortización civil en el País Vasco nos advirtió hace ya años Emiliano Fernández de Pinedo. Desde aquella llamada de atención los estudios se han multiplicado, de modo que recientemente Felipa Sánchez Salazar ha podido publicar, en el n.º 55 de la revista Agricultura y sociedad, un primer balance de los trabajos realizados en diversos lugares. A los señalados en este interesante

“estado de la cuestión” hay que añadir ahora el libro de Joseba de la Torre y habrá que agregarse dentro de poco la publicación de la tesis doctoral de Arantxa Otaegui —Guerra y crisis de la hacienda local: las ventas de bienes comunales en Guipúzcoa, 1793-1814—, dos investigaciones de gran aliento que van mucho más allá de lo que hasta ahora se había realizado en este terreno.

Los motivos expuestos pueden justificar mi apreciación final de que nos encontramos ante un libro que no sólo aporta claves fundamentales para comprender los orígenes de la Navarra contemporánea, sino que enriquecerá nuestro conocimiento de la historia de la Guerra de la Independencia y de los mecanismos que condujeron a la transformación de la agricultura española en el paso del antiguo al nuevo régimen. Y no me limitaré a decir que ha de ser un libro “de consulta obligada”, porque me parece que hay en él algo más que datos y resultados a incorporar a los marcos de las interpretaciones preestablecidas. Pienso que es un libro “de lectura obligada”, porque además de proporcionar resultados, plantea problemas que han de ayudarnos a renovar nuestros enfoques globales sobre una época trascendental en el alumbramiento de la sociedad hispánica actual.

Josep Fontana